

Lo que más le llama la atención cuando entra en el autobús no es la niña que grita al fondo porque su madre la obliga a volver a casa después de pasar la tarde jugando en la playa, ni la señora que habla con su mejor amiga sobre la hija de su vecina, que es una indecente porque está saliendo con un hombre casado. Ni siquiera el viejo que no quita la vista del escote de la chiquilla de enfrente.

Lo que más le llama la atención, o quizás, quien más le llama la atención, es el chico de la gorra y los pantalones anchos. Tiene la mirada perdida en algún punto de la calle, sumergido en sus pensamientos. Pero no solo eso, sino que parece totalmente fuera de lugar dentro de un autobús lleno de gritos, tan calmado y silencioso, que parece un espejismo.

El primer sitio que encuentra libre le recibe lleno de interrogantes sobre ese chico. Se descubre a sí mismo analizándole. Su mirada no está distraída, sino triste, preocupada. Cada vez que le mira le da la impresión de que está clamando a gritos un abrazo.

Desvía la vista hacia su mp3 y cambia de canción. Mientras comienza la nueva melodía, se descubre de nuevo fijando su vista en el chico de la gorra. Parece que las musarañas de su pensamiento son fuertes, pues apenas parpadea mientras sigue desentonando cada vez más en ese autobús.

La niña del fondo rompe a llorar y casi todo el autobús gira la vista hacia ella. Pobre niña, barraqueando en mitad de un autobús atestado de gente que le hace caso, pero sin conseguir la atención de su madre, que es de quien está intentando llamarla. Sin embargo, él se descubre con su vista aun fija en el chico de la gorra, que apenas se estremece cuando la niña grita y patalea cada vez más fuerte. Mantiene la cabeza apoyada en su mano izquierda, y se entretiene en acariciarse los labios con la punta de los dedos, meditabundo. Se fija un poco más, y ve el cable fino de unos cascos dibujar la forma de su cuello y perderse por el borde de la camiseta.

Conforme pasan los minutos tiene la impresión de que el autobús se va deshaciendo, y lo único que queda en pie allí dentro es ese chico, que parece totalmente entregado a saber qué pensamientos, pero cuya mirada encuentra cada vez más y más triste.

El conductor da un frenazo para no atropellar a un perro que cruza fugaz la carretera y todo el autobús se sacude durante un par de segundos. Él decide apretar los pies contra el suelo para no desestabilizarse demasiado, y el chico de la gorra se sujeta de la barra vertical que sube desde el suelo hasta el techo a su derecha. Sus nudillos se vuelven blancos cuando aprieta el metal entre los dedos, y su mirada parece olvidar momentáneamente el exterior para fijarse en la nuca del conductor y resoplar imperceptiblemente.

Ahora está seguro de que su mirada pide un abrazo, o dos. Quizás algo que le haga sonreír. Él mismo la ha tenido tantas veces pintada en la cara que sabe cómo descifrarla. Ni siquiera está prestando atención a la canción que suena en su propio mp3. Su cabeza divaga, conjeturando lo que podría haber dentro de la cabeza del chico de la gorra que le preocupe. Con el frenazo del

autobús ha tapado parte de su cara al apoyarla de nuevo en la mano, pero la gorra se ha movido y revela un mechón de pelo rubio, que asoma salvaje en la zona de la nuca.

Siente un pequeño calambre en la base de la cabeza y su cuerpo se traslada al asiento a su lado. Después, el silencio entre los dos se mantiene entre ellos, mientras el resto del autobús parece vivir en un plano paralelo, lleno de gritos e histeria.

Mira de reojo, desde su posición no puede verle la cara porque se la tapa la gorra. El chaval tiene un cuerpo enorme, comparado con el suyo. Siente un pequeño traqueteo ajeno al movimiento del autobús, y tarda poco en darse cuenta de que está marcando el ritmo de su canción con los pies. Si disimula un poco, es capaz de ver el contorno de sus labios por debajo de la visera. Al tenerle tan cerca puede ver que está cantando la canción sin emitir ni un sonido, y es capaz de percibir el camino que describe el cable dentro de su camiseta, a través del pecho.

No tiene tiempo de mucho más. Antes de que quiera darse cuenta, el muchacho alarga la mano y pulsa el botón de parada, para bajarse. Él, automáticamente, se aparta para dejarle salir. Cuando pasa por su lado siente una ráfaga de aire fresco que le trastoca un par de segundos. Una vez de pie, comprueba que el chico es alto, y por la parte baja de su nuca siguen asomando mechones de pelo rubio.

La puerta del autobús se abre, y antes de bajarse, puede escuchar su voz susurrar:

— I'm still fly, I'm sky high...

Baja del autobús de un salto, y cuando las puertas se cierran y reanuda su marcha, el chico de la gorra gira la cabeza y sus miradas se cruzan. Sigue teniendo esa mirada triste, pero llena de una determinación que va más allá de la frase que acaba de escucharle susurrar, antes de marcharse y perderse en una ciudad llena de gente en la que no sabe si volverá a verle.

Solo espera que realmente lleve razón, que vuele alto y, quizás algún día, vuelvan a encontrarse. Quizás para entonces se anime a hablarle.